



**Camille de Toledo, *El haya y el abedul. Ensayo sobre la tristeza europea*. Editorial Península, 2011.**

(Traducció: Juan Asís Palao Gómez)

Escuché a mi padre en los veranos de la infancia contarme la historia de Braudel, sus epopeyas por siglos, su sabio conocimiento de los frentes de permeabilidad y de conflictos de una civilización mediterránea. Vi, gracias a su voz, a los otomanos a las puertas de Viena y a los moros tan al norte en la Península Ibérica que se los temía en París. Más tarde, leí el capítulo IX de *Don Quijote de la Mancha*, en el que Cervantes tuvo la elegancia de imaginar que su obra fue un préstamo, la traducción de un autor árabe, y he soñado varias veces que yo aportaba la prueba de tal paternidad, encontrando en los orígenes de la literatura europea una gran pluma andaluza, mora y musulmana; o mejor aún, el vértigo de una pregunta que la soberanía del autor ha borrado progresivamente, a partir de la cual, sin embargo, se nos pide que lo reconstruyamos todo: ¿cuál es el texto original?

¿El autor no es acaso el traductor y el traductor el autor?

He trabajado para establecer los dichos de Cervantes y un día, quizá, publicaré mis pruebas. También he leído, al margen del colegio, la epopeya de los judíos de España, mis ancestros de Toledo, su largo exilio por el sur o por el norte, a través de África, del Mediterráneo, hasta Constantinopla. Mi padre me ha contado el regreso de la familia hacia Europa después de las masacres de armenios en lo que quedaba del Imperio Otomano, «porque temían —decía mi padre— ser los siguientes de la lista». Y me he imaginado que yo mismo hablaba todas las lenguas perdidas o aprendidas durante el exilio, diez o veinte lenguas por lo menos, las necesarias para crear un común, hoy en día, en Europa: no *una* lengua común, sino un corpus cambiante de lenguas. No una sociedad científica, literaria o política, que se beneficia del apoyo de sus traductores, sino seres de múltiples orígenes, políglotas, capaces de superar los relatos de las naciones.

He señalado, desde entonces, historias de traducciones, de «pasadores», comenzando por la más canónica: la Vulgata de Jerónimo, santo patrón de los traductores, preguntándose, después de que se le encomendase que latinizara la Biblia, si tenía derecho a traspasar la palabra

de Dios a otra lengua; más aún, san Jerónimo preguntándose si uno no era un «falsario» al traducir la Biblia, *Traduttore, traditore*, «Traducción —se diría pidiendo perdón a Dios— es traición». Más joven, durante la catequesis en la escuela privada donde me habían inscrito mis padres o, en el banco, antes de pasar a confesarme, cuando los jesuitas intentaban enseñarme el sentido de la culpa, del pecado o de la misión, me gustó saber que san Agustín había nacido en una ciudad de África habitada por legionarios convertidos en granjeros. También sospeché que Sócrates era africano, negro o mestizo, y después, al recorrer el hilo quebrado de las lecturas, observé cómo la luz, los matices, los colores, unos siglos más tarde, durante el Renacimiento, subieron desde el Mediterráneo hacia el norte.

Siempre que he podido he señalado los ejemplos de los escritores traductores, de los traductores que se han hecho escritores, de las complicidades más allá de las fronteras, de los cruces, de los acercamientos, de los exilios lingüísticos, preguntándome reiteradamente: ¿por qué esta sabiduría de las lenguas y de sus tránsitos está tan bien guardada?

Y después, he pensado: Umberto Eco, ¡ése es nuestro padre europeo!

Como Magris, Manguel y, antes de ellos, tantos otros.

Somos los descendientes de Salvatore. Su *Stupido!* *Stupido!* es nuestro grito, el del fraile jorobado, deforme, de *El Nombre de la rosa*, un cruce lingüístico intenso, tumultuoso, incomprensible, que se inscribe en el cuerpo del monstruo, híbrido medieval europeo que debería condenar nuestras búsquedas genealógicas y las crispaciones de nuestras viejas naciones en una experiencia de la ausencia: un fracaso. Y aún más, al lado de Salvatore, de su *Stupido!*, he colgado como un cuadro la obsesión de Magris encima de mi escritorio, la imagen del anillo que se repite en su obra, ese centro vacío que es, en la actualidad, la abscisa y la ordenada de nuestra utopía, ese no-lugar que señala a la vez el pasado políglota de la Europa prenatal y el sentido de nuestro futuro.

Descarto de entrada la fábula de la continuidad, la que porta una visión «civilizadora» de los griegos, de los romanos, y después de la cristiandad en un único linaje resplandeciente. La descarto no por razones morales, sino

porque sabemos que no hemos salido de una filiación así: rupturas, injertos y asperezas afortunadas no han cesado de alimentarla, de desviarla. ¿Acaso no hemos aprendido con Cervantes, Rabelais y tantos otros, con nuestros propios padres, madres, con sus encuentros casuales, que somos infinitamente más bastardos, más sincréticos, más híbridos de lo que en nuestras escuelas intentan convencernos?

«Seré un hombre-judío...», escribió Césaire.

A lo largo de los siglos, encontramos tantos adulterios, traiciones, viajes, exilios, opresiones, que ningún estudio, por muy atractivo que sea, llegará a convencernos de esta coherente odisea del *espíritu occidental*. Esta es la razón por la que cuando decimos «Europa como cultura», nos referimos al centro vacío, al anillo de Magris, a esta sabiduría de la dispersión.

Nuestra «utopía lingüística», partiendo de ahí, ¿a qué se parece?

No es una de esas proyecciones en el futuro a las que los relatos utópicos hasta el siglo XIX nos tienen acostumbrados, ni una de esas visiones negras, de

pesadilla, que el siglo XX nos ha inspirado. Ni Tomás Moro ni George Orwell, ni el paraíso de la concordia y la paz, ni el horizonte apocalíptico de la anticipación. Esta utopía, la nuestra, no se fundamenta en la imaginación, sino en la revelación: aquella en la que vivimos, aquella en la que no hemos dejado de vivir, en Europa, desde el círculo polar hasta las orillas del Mediterráneo, en este intersticio, este no-lugar de las lenguas que la historia de las naciones ha intentado destruir. La utopía, dicho de otro modo, es ese común que flota en los márgenes de las fronteras y lo que nos ayudará a soportarlo, a alimentarlo.

## LOS GENIOS DEL PARLAMENTO

Imaginémonos, en el Parlamento europeo, ahora mismo, hoy o mañana, en plena sesión, a revoltosos pequeños genios, traviosos trastos volando de melena en melena, de un cráneo a otro de nuestros diputados y nuestras diputadas, arrancando o desconectando los auriculares de la traducción simultánea. ¿Qué ocurre?

Nuestros representantes, más o menos cultos, más o menos políglotas, viviendo hasta entonces en la ilusión de

una legibilidad universal al abrigo de sus auriculares, en la comodidad de una traducción en tiempo real, de repente toman conciencia de la «utopía», del no-lugar en el que se encuentran. De arriba abajo, los pobres, están metidos hasta el cuello pero hasta entonces no habían visto nada, no se daban cuenta de nada. Pero después del paso de los genios, sin los auriculares que les han arrancado, los vemos: se despiertan como la Bella Durmiente en el largo sueño de la inteligibilidad, buscan en el «inglés de comunicación» un recurso, aunque muy rápidamente, como les cuesta expresar las sutilezas del idioma, se les plantean varias preguntas.

¿Qué hacer?

¿Cómo nadar en este baño brutal de lo indescifrable?

Los genios, los trastos del Parlamento europeo, traviesos ladrones de auriculares, al desconectar toda la onerosa red de la traducción simultánea les han revelado el no-lugar de la lengua, la utopía del «nosotros» europeo, esa división fundadora que es a la vez la razón por la cual *Europa* no logra plenamente existir (para los que no tienen los medios culturales o materiales de traducir o de ser traducidos) y lo

que debería convencernos para situar la cuestión de las lenguas en el centro de nuestras preocupaciones.

¿Cuál es, pues, la lengua de Europa?

¿Cuál es la de nuestro común?

¿Qué podemos compartir, aparte de la experiencia del siglo XX?

Estas son las preguntas que surgen gracias a los genios, a su acción intempestiva, perturbadora.

Por fin se revela la utopía lingüística.

Los representantes, en un inglés mediocre, razonan. Se preguntan: ¿en qué se convierte el «nosotros» sin traductor? ¿Qué puede imaginar el «nosotros», si ya no lo entendemos? Viven en sus propias carnes la fragmentación. Se acuerdan de la «fábula» de Babel. Algunos y algunas proponen que cada cual regrese *a su casa*, a esa intimidad de la patria, al salón acogedor de la nación lleno de muebles que estorban, de viejos bibelots polvorientos. Otros y otras, más cultos y cultas recuerdan sus lecciones. Releen la Biblia y no consiguen deshacerse



de una lectura de Babel en la que el tiempo adánico de la comprensión es una bendición, y la réplica de Dios a la torre un castigo. Sin embargo, nadie en las filas del Parlamento «entiende» que tengamos que retraducir Babel, reconsiderar el mito fundador de la multiplicidad de las lenguas bajo el prisma de un sentido feliz, para que la fluctuación permanezca entre el signo y lo que designa, para liberarnos del fantasma de la lengua *una*, concordante, perfecta.

En el Parlamento europeo, después del paso de los genios, una vez que la confusión, la cacofonía y el batiburrillo han convencido a nuestros diputados y nuestras diputadas para que escuchen los cantos, las músicas de las lenguas como una partitura de John Cage (véase la polifonía del violonchelo anteriormente, en la p. 134), nos levantamos.

Los que estábamos sentados entre las diputadas y los diputados nos levantamos para decir:

Lo ilegible es nuestra oportunidad. Sin auriculares, sin traductor, oímos la expresión irreducible de las lenguas. Entrevemos el sentido de lo incomprensible, lo que éste nos enseña. ¿No hemos vivido, en el siglo XX, en la tiranía

de los idiomas que pretendían hacerse únicos? Y este viejo sueño adánico de antes de Babel, ¿no es, de hecho, una reducción criminal de la polifonía?

Los genios, al quitarnos los auriculares, no nos han castigado.

Son como Dios en *Babel reloaded*.

Intentan liberarnos de nuestro deseo ascensional.

Nos dicen: «¡Escuchad esta orquestación milagrosa! ¡Liberaos de ese mal recuerdo del Edén!».

Nos revelan el intersticio, el no-lugar de los sentidos que cruzamos y donde vivimos, el *antro dentro de las lenguas*: el «nosotros» como mediación, el común europeo comprendido como puentes y tránsitos entre diversas situaciones de falta de legibilidad, una ciudadanía vivida a imagen y semejanza del traductor, en el esfuerzo por superar la identidad exclusiva de la lengua de acogida o de nacimiento y por acoger al extranjero, el que aparece en el cuerpo extraño de una palabra, de una frase que «yo» no comprendo. Los genios han entonado a coro la cantinela del metro londinense: *Mind the gap! Mind the gap!* De este

modo han señalado con el dedo lo impensado de una construcción europea encasquetada: el traductor.

¡El olvidado! Aquel cuyo oficio es abstracción, esfumado. Aquel cuya vocación, hasta hoy, fue comprendida como una eliminación. Aquel que acaba siempre ignorado en medio de la acción, de la conversación.

Pero los genios, afortunadamente, al llevarse los auriculares, han provocado un jaleo considerable.

Los diputados se giran hacia las cabinas de los traductores.

¿Y de qué se enteran?

EN EL NOMBRE DE LA ROSA

Umberto Eco es uno de los trastos.

Es uno de esos genios del Parlamento europeo. El que arranca los auriculares y desconecta los cables de la traducción simultánea, demostrando a nuestros diputados y diputadas que sin «lengua común», sin traducción para el presente y el futuro, la política y la imaginación, la técnica y

la creación, no somos nada más que un pasado común de guerras y lo presente de nuestros malentendidos.

No podremos llegar a nada sin la ayuda de una cadena de traductores y una red de cables para inventar el futuro (y hacer del vértigo pasado el sentido de ese futuro). Así que no es sorprendente que allí donde se piensa, en las universidades, los centros de investigación, las instituciones europeas, sobre las cuestiones de las lenguas, de las transferencias culturales y de los obstáculos a la traducción, me encuentre esta cita del genio, del trasgo Eco: «La lengua común de Europa es la traducción».

La repito para estar seguro de que la leemos bien, de que la comprendemos correctamente: «La lengua común de Europa es la traducción».

Frase aparentemente muy sencilla que, cuando se escucha por primera vez, parece que puede colocarse a continuación de otras en una serie, igual de sencillas, incontestables, tales como: la lengua de Rumanía es el rumano, la lengua de Lituania es el lituano, la lengua de



Polonia es el polaco, la lengua de la República Checa es el checo, la lengua de Dinamarca es el danés...

Sin embargo, si nos fijamos bien, sólo revelamos la sagacidad del genio.

Porque no es igual escribir: «La lengua de Dinamarca es el danés», y: «La lengua común de Europa es la traducción». Toda la complejidad del común europeo reside en esta diferencia. En el primer caso, la identidad está omnipresente. Dinamarca: un territorio, una nación, una lengua. En el segundo, Europa: no un territorio, sino una idea, no una nación, sino culturas, no una lengua, sino la traducción.

Algo nos fascina en esta frase de Eco (en el eco de esta frase), porque produce un desajuste de la identidad, una reabsorción paradójica del plural en el uno, y, con el mismo impulso, una explosión del uno a múltiple.

Pero detengámonos un instante para desmenuzar el arte paradójico del genio:

«La lengua común de Europa», escribe Eco [singular: «la» lengua para un espacio lingüístico que sabemos que es

complejo, fragmentado], «es», escribe [fórmula afirmativa de la identidad, «es»], «la traducción» [singular plural que remite al arte con el que intentamos hacer transitar las obras, las voces, las palabras, las leyes, las emociones de una lengua a otra]. El genio, con su artimaña, resuelve la ecuación imposible del común haciendo de la fragmentación de las lenguas la lengua, del guión *entre* dos partes el principio de unión, de la separación *entre* las lenguas nuestro *antro*, el refugio de nuestras mitofonías (plurales).

Pero ingenuos o escépticos con respecto a la revelación del genio, Eco, nos tienta ensartar preguntas como un personaje en una obra de Molière:

Y sin embargo, señoría, ¿cuál debe ser esa lengua a la que llamáis «traducción»? ¿Es jerga? ¿Dialecto acaso? ¿Una nueva forma de esperanto? ¿Podrá ser que en Europa la hablen todos y que aun así nunca oyera yo su nombre? Esta lengua, señoría, la «traducción», ¿tiene origen indoeuropeo? ¿Dispone de un alfabeto? ¿De una gramática? ¿Y cómo explicaréis el tan poco afán nuestro enseñándosela a los niños, si, como decís, se platica mucho aquí, en

Europa? Debo ser yo muy bobo para no saber cómo funciona. En esa lengua, ¿se dan adjetivos, verbos y pronombres? Y si de los italianos decimos que hablan italiano, ¿de los europeos diríamos que hablan «traducción»?

Vemos que ahí hay un truco, una forma semántica de la magia.

Y súbitamente nos preguntamos: ¿sabe Eco qué significa su apellido? ¿Es consciente de que su genialidad para enfrentarse a la maldición de Babel, a la fragmentación de las lenguas, al castigo divino *creando* la división, y transformarlo en una oportunidad, una alegría, el magma de su creación, procede a lo mejor de su patronímico, Eco?

Retomando nuestra imagen del Parlamento y de los genios volando de melena en melena, antes del cara a cara con lo indescifrable, antes de que los auriculares fueran robados, nuestros diputados y diputadas todavía vivían en la ilusión de la lengua adánica, de la legibilidad europea.

Escuchaban el discurso del orador sin pensar en las condiciones particulares de «nuestra» lengua, sin reflexionar sobre la estructura de esta lengua de la

«traducción». Estaban ciegos ante la centralidad del traductor, ante su problema. Todavía menos pensaban en el coste financiero de semejante red técnica y humana de intercesores, de mediadores, de intérpretes.

Antes de la intervención de los genios, los diputados construían su torre; la ignorancia de «nuestra» lengua, la traducción, o, más exactamente, su relegación a una cuestión técnica eran la condición de su fe.

## RISAS DIFERIDAS

Al ver a nuestro Parlamento europeo antes del despertar del embrujo (antes de que los duendes robaran el material para «entendernos»), no puedo dejar de pensar en ese curioso *delay*, el desfase entre la palabra y su efecto que observamos cada vez que asistimos a una conferencia o un debate en varias lenguas: cómo las risas intervienen a destiempo cuando el traductor consigue transmitir el efecto cómico, y las dificultades de los que intervienen a la hora de ser conmovedores o elocuentes en el tiempo diferido de la traducción.



El «nosotros» europeo depende de esta cámara de resonancia, de este *delay*. El eco y su doble (el eco de la frase de Eco) nos informan del estado diferido de nuestra comprensión, el lapso temporal que perdura entre la palabra y su entrada en el común. Pienso, por ejemplo, en los años que a veces deben pasar para traducir una obra, para que pueda ser compartida, leída, comprendida en su traducción; partiendo pues de este intersticio, de este *delay*, debemos comprender las estructuras y los costes de nuestra lengua común.

Despertados del embrujo de la legibilidad, de la ilusión de la inteligibilidad, tomamos conciencia del lugar del traductor. Lo sacamos de entre bastidores. Lo agasajamos, a él que se divide entre diversas lenguas, intenta reconciliarlas y sufre por no llegar nunca a conseguirlo bien del todo. Lo extraemos de su concha de apuntador, allí, bajo las planchas de la escena literaria, artística y política europea.

Lo animamos, le pedimos que se exprese. No que interprete, ni que traduzca, sino que hable él, de una vez por todas.

Que hable la lengua que Eco nos asigna: la traducción.

Gracias a sus palabras, a su revelación, buscamos finalmente cómo este intersticio, el antro de las lenguas, puede funcionar como una lengua: de este *diferido* dependen, ni más ni menos, nuestra poética y nuestra política.

#### SOBRE LA EMOCIÓN DE LA TRADUCCIÓN

Fuera de los campos literarios, traducimos dándole prioridad al sentido en detrimento de la forma. El cuerpo de la lengua, sus efectos, sus potencias, sus balbuceos, sus virtudes expresivas se borran, niveladas en provecho de una búsqueda de la equivalencia; son lo que llamamos «traducciones técnicas».

Si nos fijamos en un arte como la elocuencia, vemos que ésta, vinculada a la voz, a la presencia, al cuerpo del que habla, no logra fácilmente reencontrarse en la lengua común de la «traducción». Nos reímos del chiste ingenioso de un diputado o de una diputada, de un autor en una lengua materna o conocida, pero dejamos de reírnos si el

traductor no consigue transmitirnos esa risa o nos reímos en diferido si lo consigue. Por eso nuestro común exige que el humor, la elocuencia, el efecto, el poder de las lenguas se vuelvan a pensar por completo en términos de «traducción»; tengo en la retina la imagen de esos viejos exégetas, políglotas, capaces de hacer reír a dos asambleas lingüísticas reunidas.

Se trata de una apuesta considerable si pensamos en lo que el deseo de *re-unirse* debe a la lengua, a las complicidades que nacen por la lengua.

En ese sentido, no habrá común europeo sin que aprendamos primero a hablar la «traducción», sin que podamos captar, con cariño, la gracia, el absurdo, la virguería o la profundidad de una palabra dicha en *nuestras* lenguas extranjeras.

Si existe, como escribe Eco, una lengua común de Europa llamada «traducción», entonces debe hablarse y convertirse en el meollo del juego, de la risa, de la emoción, porque si no, se abrirá un abismo de incompreensión entre las élites políticas (que viven gracias a los auriculares en la ilusión de una legibilidad), la gente del arte, de las letras

(políglotas o aquellos que gozan por sus lecturas de cierto conocimiento de los diferentes contextos de idiomas) y los que no hablan la «traducción», por no haber tenido ni la oportunidad pedagógica, ni la posibilidad material de aprenderla.

Entonces asistiremos, en Europa, a la constitución de tres partidos o castas irreconciliables, tal y como lo vemos: una casta de nacionalistas nostálgicos, una casta de eurófilos letrados y una cantidad de descastados, migrantes de última hora, hablando lenguas y cargando relatos íntimos, familiares, considerados extraeuropeos, extranjeros en la jerarquía de nuestro siglo XX, que ni las naciones en su reconstrucción identitaria, ni Europa con su fantasía civilizadora sabrán acoger.

## EL COSTE DE LA LENGUA

«La lengua de Europa —dice Eco— es la traducción».

Retomemos entonces el papel del ingenuo (del escéptico) en una obra de Molière preguntando al genio, en diferido:

Y sin embargo, señoría, proponéis una sociedad complicadísima. Esa lengua suya, «traducción», ¿no sería por tanta como el aire o el agua? ¿No bastaría con aprendérmola como bebemos leche de la teta de nodriza? Quiero decir, escuchándosela al padre o a la madre de niños. Si por un instante me hiciera una composición de lugar, ¿no haría falta, pardiez, entre cada ciudadano que no la hablase o no supiese aprenderla, un intermediario, alguien que sí que la conociese? Pero entonces, señoría, ¿su lengua podría tener coste? Por ejemplo, el que acaba de comprar su pan en la panadería debería no sólo pagar por su hogaza, sino por el coste asociado a la traducción de la palabra «hogaza». A menos que, evidentemente, el que compra su pan y el panadero sean capaces entrambos de platicar en esta lengua extraña. Pero yo os pregunto: ¿quién se hará cargo del coste de esta lengua? ¿Quién querrá pagar? Por ahora, es cierto, no queremos pagar. Ni Europa, ni los Estados desean hacerse cargo del coste de nuestro común. El principio de subsidiariedad por el que sólo los Estados detentan la responsabilidad de su política cultural, de su

sistema de educación, nos sirve de excusa, de pantalla.

Si nos preocupamos por nuestro común, nos quedamos en lo mínimo, con algunas medidas menores: en los transportes, metro, tranvías o trenes, escuchamos anuncios en español, en alemán, en inglés, señales discretas, técnicas y turísticas del plurilingüismo. Del mismo modo, en los terrenos artístico y científico contamos con algunos programas europeos de ayuda a la traducción. También escuchamos, cuando se acerca cualquier elección para nuestro Parlamento europeo, generosos discursos sobre el plurilingüismo.

Algún progreso hemos hecho, es cierto.

Aún oímos, aquí o allá, que ya habríamos salido de la ilusión de una Europa solamente económica o solamente política, de forma tal que la «cultura» se está convirtiendo, desde hace unos años, en esa palabra mágica que se pronuncia solemnemente como un recurso, una última boya que se lanza al naufrago. Por ejemplo, escuchamos, puesto en boca de los fundadores, Jean Monnet o yo qué sé quién,

esta frase apócrifa: «Si hubiera que volver a empezar, empezaría por la cultura».

Sin embargo, no se ha emprendido nada de cierta envergadura, nada que tenga altura de miras.

Nada que asuma esta frase de Eco, el eco de su frase: «La lengua común de Europa es la traducción».

#### SOBRE LA TRADUCCIÓN COMO BASURA

En la ecología general de la cultura europea, la traducción es un desecho.

Es ese común del que nadie quiere ni puede ocuparse.

Como los descampados, los bosques, el aire o el agua de los que nos servimos sin querer asumir el coste de lo que usamos (la basura, la contaminación), el común de nuestra lengua (la traducción) es constantemente saqueado en la economía competitiva de las lenguas europeas. En este sentido, los franceses utilizarán los dispositivos de ayuda para exportar su literatura e importar la literatura extranjera. Esto es válido para los alemanes, los suecos, los noruegos,

los daneses, los ingleses, los españoles, los polacos, los italianos, y todos los que lo pueden hacer, los que disponen de medios suficientes. Pero en ningún momento la suma de estos egoísmos permite pensar o identificar nuestro común.

Cada lengua bebe y se nutre de la traducción (de las otras lenguas) en el marco de una voluntad de poder apaciguada, abierta al otro.

Entonces decimos, con orgullo, que Francia «traduce mucho».

Que Alemania «traduce mucho», etc. Y así medimos nuestra apertura, nuestra contribución a la cultura de los demás.

A escala europea, hemos tomado conciencia tímidamente de la importancia de ese común diferido de la lengua: el plurilingüismo y la traducción. Sin embargo, ningún presupuesto permite convertir nuestras declaraciones en actos. Nos encontramos aquí con la aporía clásica del «desecho» o de la «contaminación». Nadie, ni los Estados que siguen con una lógica lingüística nacional, ni las regiones que defienden sus culturas regionales, ni Europa encorsetada por el principio de subsidiariedad y sin



presupuesto propio, trabaja para difundir el saber, el aprendizaje, el conocimiento de nuestra lengua común.

A partir de estos hechos tendremos que deducir las formas de nuestra «utopía lingüística», el fruto de una creciente mezcla de las lenguas y de los relatos en una Europa habitada de nuevo por las culturas de sus antiguas colonias.

*Solamente una política europea (un servicio público de la traducción y del plurilingüismo) permitirá promover y ampliar nuestro común.*

Para los desechos, conocemos hoy en día el principio según el cual «el que contamina, paga». Tenemos así dos sistemas complementarios de asunción de la responsabilidad del «común». Uno, público, organiza la recogida, el reciclado y el tratamiento de la basura durante todo el tiempo en el que la «externalidad» (el coste de los desechos o de la traducción) no ha podido ser «internalizada». Mientras que otro, privado, consistiría en lo contrario, en cambiar de forma radical, por ejemplo, nuestras costumbres editoriales; para un editor, el coste de un libro integrando en origen el coste añadido de «nuestra»

lengua, o dicho de otra forma, de las traducciones de las obras.

La frase del trasgo Eco nos lleva a una descentralización completa.

Nos obliga a repensar no solamente nuestras pedagogías, nuestras escuelas, nuestras historias, nuestras contabilidades (a partir de las identidades múltiples, del imperativo del tránsito entre diversos textos, diversos códigos culturales), sino también el papel de Europa para situar la traducción en el centro de nuestras prácticas. Entonces, las razones que motivan nuestra «revolución ecológica», el común de la Tierra cuya responsabilidad nos incumbe colectivamente, deberían inducirnos a llevar a cabo, en Europa, una «revolución lingüística»: su fin sería mantener, promover la traducción como una lengua.

## TRADUCCIÓN E IDENTIDADES MÚLTIPLES

La «traducción» es la lengua de las identidades múltiples. Es nuestro futuro, nuestra moral y nuestro juego. Se parece

a nosotros, que estamos divididos, indecisos entre diversas culturas, diversas lealtades y diversos relatos familiares.

Para apreciar el contraste, recordemos lo que pasó, en el tiempo de las construcciones nacionales, a finales del siglo XIX: los esfuerzos que se desplegaron para imponer *una* lengua. Frecuentemente el combate, en las escuelas por doquier y más aún en el ejército, el paso por las ordenadas filas del ejército. Hemos construido órdenes de exclusión (nacionalismo, colonialismo) en los que la lengua nacional tenía que ser leída, entendida y escrita por los «salvajes»: campesinos, negros, árabes o malos estudiantes. Fue el fundamento del saber, el sentido de la misión civilizadora tanto en las campiñas como en las colonias alejadas, una máquina pedagógica financiada, en Francia, ya lo sabemos, por la República, y en otras tierras, en otros países, por muchas otras instancias. Fue el tiempo en el que el Imperio Austro-húngaro buscaba su unidad, Alemania su unidad e Italia su unidad.

Ahora bien, ¿qué deducimos de estas épocas furiosas de la nación?

Que las lenguas tienen un coste (la escuela, la formación de los maestros, etc.).

Pero también que depende de ellas, de la relación que nosotros mantengamos con ellas, una cierta idea de la política, de la moral y de la identidad.

Si vamos a eso, de cara al futuro, ¿qué esperamos de nuestra lengua, la «traducción»? Que nos ayude a pasar la página del siglo XX (su exacerbación de la nación y de la identidad), a crear partiendo de su experiencia una escuela del vértigo (del exilio, del desarraigo, del origen difunto), y además que actualice la polifonía de los relatos y de las memorias en la que vivimos para que la modernidad (que tiende a la fragmentación, al desarraigo, al conflicto de identidades) entre con la «traducción» en el corazón de Europa.

Pero, en cuanto decimos eso, nuestro ingenuo (el escéptico) se echa a reír. Casi lo habíamos olvidado y ahora vuelve a salir de un rincón de la escena. Dice:

Y sin embargo, señoría, permitidme que haga el cálculo. Contamos más de treinta lenguas oficiales en Europa. Si sumáis a eso las habladas en las fronteras,

el ruso, el turco, el hebreo y las múltiples formas del árabe del Mediterráneo, y si os pluguiera añadir a esta lista, no sé, el chino, el suajili o el javanés, en cuanto que también se hablan esas lenguas en nuestros parajes, tendríais entre manos prontísimo todos los dialectos del mundo. ¿Habría de exigirse a sus ciudadanos que, pardiez, los dominaran todos? Sería arriesgarse, me parece, a verlos enloquecer o perder los cabales. ¿Qué haría vuestra merced después con tantos pobres políglotas vagando de una lengua a otra, sin demora, sin gramática en la que se apoyaren? ¿Con qué tipo de sociedad habríamos de vérnoslas? ¿Ucranianos quejándosenos en eslovaco? ¿Polacos riéndosenos en danés? ¿Franceses que porfiasen hablando francés contra la voluntad de sus profesores de húngaro? ¿Italianos desposeídos de sus extraordinarios acentos? Si sigo lo que planteáis, ¿sería necesario que todo hijo de vecino hablara todas las lenguas u os imagináis que habría especialistas? ¿Letones hablando finés? ¿Letones hablando alemán? ¿Letones hablando rumano?

## RESPUESTA AL ESCÉPTICO

Todos estamos más o menos discapacitados frente al Saber.

En mi caso, no comprendo más que cuatro lenguas de las que soy capaz de escribir en dos sin demasiadas faltas. Sin embargo, noto que en cualquier sistema pedagógico los alumnos aprenden más o menos bien, con mayor o menor facilidad. Decir entonces que habría que renunciar a nuestra pedagogía del vértigo (la enseñanza de la «traducción» y la figura del «baniano») en cuanto que nadie estaría en condiciones de conocer, de dominar todas las lenguas habladas en Europa equivaldría a afirmar que debemos suprimir el teorema de Pitágoras del programa general de nuestras escuelas por el simple hecho de que ciertos alumnos jamás consiguen asimilarlo o comprenderlo.

Si aceptamos esta frase de Eco: «La lengua común de Europa es la traducción», debemos asumir las consecuencias.

Eso exige que enseñemos a los alumnos, a los niños, no todas las lenguas, sino ante todo, lo que significa el

intersticio entre las lenguas (ese residuo que es intraducible) y las razones por las que podemos, de este aprendizaje, deducir una ética del otro, de la comprensión de las diferencias, y un principio de ciudadanía.

Dicho de otra forma, lo que importa es la política que se refugia en el *antro dentro de las lenguas*.

Poco importa que dominemos perfectamente el alemán o el noruego, que seamos políglotas hasta el punto de poder escuchar los discursos de los oradores del Parlamento europeo sin auriculares, sin la ayuda de una traducción simultánea. Lo que debemos enseñar en Europa es el hoyo en el medio, las distintas percepciones que nacen de este hoyo. Ahí es donde podemos leer los dolores del desgarramiento, el sentido del exilio lingüístico, lo que la lengua aprendida, nueva, impuesta, sustrae de la infancia y lo que puede aportar al revés como libertad o como liberación. Al aprender la lengua de la «traducción», organizamos un saber de la aproximación y de la distancia, un conocimiento más fino de los estados afectivos de las diferentes culturas.



Integramos en el corpus de las escuelas la experiencia de la división.

Porque la traducción conlleva una sabiduría del dilema. Para el estudiante turco en Alemania es una pedagogía del desgarró. Para el estudiante chino en Francia es el puente que falta con la cultura de adopción. Para el estudiante polaco en Polonia es una introducción a la complejidad.

Así que ya puede el escéptico formular de nuevo sus argumentos, porque lo que veía de debilidad en «nuestra» lengua, nosotros no lo vemos. Es inútil dominar varios sistemas lingüísticos para hablar la «traducción». Y lo que el escéptico parecía ver como un término (la traducción que se hace posible una vez que se dominan, por lo menos, dos lenguas), nosotros lo vemos como un comienzo: la enseñanza de la traducción como introducción a la multiplicidad de los relatos, de las emociones y de las historias.





## PROGRAMA PARA UNA UTOPIA LINGÜÍSTICA (2010-2040)

Ahora queda por fijar el camino, nuestra hoja de ruta.

Para que la irrupción de los genios en el Parlamento europeo no sea un simple accidente técnico. Para que el aprendizaje de nuestra lengua común, la «traducción», se convierta en una prioridad de cada día, de cada instante. Porque no se trata de defender un sector, el libro o la cultura, con respecto a otros, las finanzas europeas o la producción automovilística. Lo que nos va en ello es el futuro de nuestro común, de su existencia.

Si nuestros poderes, nuestros cargos electos no lo quieren o se hacen los remolones, organicémonos. Debemos imaginar una sociedad de todas las traducciones, una escuela adaptada a la modernidad, que acompañe el estallido de nuestra identidad y no lo deplora, que acompañe nuestras fisuras, nuestros desgarros y no los acentúe.

¡Ésa es nuestra utopía lingüística!

Lo que nos gustaría promover para los niños de Europa que van a nacer.

Lo que sigue no son más que ideas, fragmentos de intuiciones. Sin embargo, como en un preámbulo, me gustaría recordar esto: ¿cómo se han inventado las naciones? Mediante el ejercicio de una voluntad política constante, la complicidad de una lengua, de una administración y finalmente de una escuela. ¿Cómo, entonces, podemos salir de la nación? Imaginando los instrumentos de su superación.

*2010: creación de una Academia Europea de las Lenguas y de la Traducción*

Se encargará de establecer el fundamento de saberes y conocimientos de la «lengua común» de Europa. Constituirá un corpus de obras que se deben traducir, definirá las prioridades de la traducción en Europa y contribuirá a la publicación de una lista de las lagunas de la traducción en los ámbitos científico y artístico. Se ocupará en igualdad de condiciones de las lenguas de las naciones y de las lenguas habladas en el seno de Europa. Los trabajos de esta Academia serán difundidos en los diferentes países, regiones, escuelas y universidades.

Contribuirán a que los ciudadanos se familiaricen con las grandes aventuras y desafíos de la traducción. Las sedes de esta Academia no serán eternas. Se renovarán por tercios cada cinco años.

### *2011: un manual de historia europea*

No se decreta cómo se debe escribir la historia. Sin embargo, sabemos gracias a la historiografía que las formas, los ángulos de los relatos del pasado dependen del punto de vista que adoptamos en el presente. Imaginemos entonces que se dan las condiciones utópicas para la escritura y la enseñanza de una Historia liberada de la obsesión de las naciones, que la Edad Media u otras épocas, la España de las tres religiones o la Europa otomana, se enseñan en las clases más avanzadas. En cuanto al manual, una vez redactado, constituirá una enciclopedia de la historia de los entrecruzamientos, de las mezclas, de los préstamos dentro y fuera de las fronteras. Una historia europea de las diásporas, de las traducciones, de las influencias recíprocas. Una historia de la contaminación y de la permeabilidad, de las resonancias,

de los ecos. Y este trabajo científico estará adaptado para niños de corta edad, para los escolares, y así se pondrán a su disposición los saberes de una Historia descentralizada.

*2012: creación de un fondo europeo para la traducción cruzada*

Llamamos «traducción cruzada» a una forma de concebir la traducción no ya como una exportación de lo propio (nuestra lengua) y una importación del otro (las lenguas extranjeras), sino como una circulación en un espacio común sobre diversas lenguas. El fondo subvencionará: escuelas de traducción en las diferentes lenguas escritas y habladas en Europa; cursos de formación para los enseñantes que deseen formarse en una pedagogía plurilingüe; traducciones de obras por solicitud de editores europeos o por recomendación de la Academia Europea de las Lenguas y de la Traducción. El fondo podrá servir también para mejorar el nivel de vida de los traductores. Intervendrá como complemento de los dispositivos de ayudas nacionales previstos por ciertos países (Alemania, Noruega, Francia o Turquía) y contrarrestará los efectos del

mercado (el predominio de lenguas tales como el inglés, el francés, el español o el alemán). El fondo europeo permitirá lanzar un vasto programa de traducciones en Europa.

### *2014: plurilingüismo y clases de traducción*

Las escuelas que desarrollaren pedagogías plurilingües se beneficiarán de la ayuda del Fondo Europeo para la Traducción. Se fijará el objetivo de cuatro lenguas habladas y comprendidas al final de secundaria. Además, se creará una nueva materia: traducción.

Puntuará con coeficientes superiores a los de matemáticas.

Traducción será asignatura obligatoria.

La asignatura de traducción es una iniciación a la tarea del traductor al mismo tiempo que un lugar de aprendizaje del tránsito, de la descentralización, de las cuestiones vinculadas a las múltiples filiaciones. Esta asignatura es en sí una interrogación práctica (a través del arte de la traducción) sobre un estado de la modernidad: la fragmentación de la identidad. Desarrollará una pedagogía

del vértigo e intentará hacer captar, sirviéndose de las historias y de los corpus de obras adelantados por la Academia Europea, la importancia del paso de una lengua a otra. El programa de este curso de traducción estará pensado y concebido por la Academia y una comisión pedagógica. El *Manual de Historia Europea* servirá de soporte para esta materia.

### *2040: una sociedad de traductores*

Después de una o dos generaciones, los niños nacidos en Europa han aprendido a hablar «nuestra» lengua. Varios corpus de obras enteras han sido traducidos o retraducidos. La voluntad pública de promover una cultura de todas las traducciones ha relanzado un entusiasmo por el saber, el conocimiento, las humanidades. Los hijos de las últimas migraciones se sienten reconocidos, porque la escuela les habla de sus lenguas, de lo que las lenguas de acogida sustraen de la infancia, del recuerdo. Los cursos de traducción han creado numerosas vocaciones.

La Academia se ha convertido en la punta de lanza de una cultura de la fragmentación, de la división. El mito de Babel

se interpreta de nuevo, se relee, se retraduce. Todos comprenden ya que, en el mito bíblico de la torre, la multiplicidad de las lenguas es más un don que un castigo: una ofrenda de la polisemia, de la polifonía. La lengua adánica, sus promesas de transparencia, están desacreditadas. Los puentes y las pasarelas se celebran en todas partes.

Nos reímos de los malentendidos. Nos conmueven los enredos. Jugamos al intersticio. Y vemos, por toda Europa, clubes de traductores cada vez más activos que piden que también la política sea pensada de nuevo a su imagen y semejanza: una política más allá de las lenguas y las naciones.

Entonces es cuando renace, en el crisol de esta extraña lengua común, la idea de una Asamblea Constituyente. Al haber sido propuesta por una sociedad de traductores capaces de plantearse durante horas el sentido de una palabra, cada uno se siente en condiciones de redactar y comprender las leyes. La gente se adueña del debate sobre una futura Constitución. Las discusiones se centran en el significado de la palabra «libertad» en húngaro, en el de la palabra «fraternidad» en turco. Los traductores,



nuestros hijos, al pasar por la lengua de los otros, logran oír la voz de los otros. Nacen solidaridades más allá de las fronteras y la voz de los oradores se puede escuchar de nuevo sin auriculares.

Vuelve la legibilidad, pero esta vez dotada de una poética, la expresión, la emoción del que sabe autotraducir.

Conseguimos emocionarnos con una promesa, con un discurso en las lenguas de los otros. Soñamos en varias lenguas con desembarazarnos de la vieja piel de las naciones. Mediante un voto libre refundamos los poderes de Europa.

Se trastoca el orden institucional.

Apoyándonos en el Parlamento, nos imponemos sobre los gobiernos ejecutivos nacionales.

Los periódicos hablan de una «revolución de los traductores».

Nace un común.





## ÚLTIMA OBJECCIÓN

«Pero, señorita dice entonces el escéptico (o el ingenuo), ¿sois, pardiez, sacerdote, un iluminado o un loco para que os imaginéis todo eso?».